



Novena a
NTRO. PADRE JESÚS DE LA PASIÓN
Que se venera en la Iglesia Colegial del
Divino Salvador de Sevilla.

**NOVENA A NUESTRO PADRE JESÚS DE LA PASIÓN, que se venera en
la Iglesia Colegial del Divino Salvador de Sevilla.**

Por la señal ✠ de la Santa Cruz, de nuestros ✠ enemigos, líbranos Señor ✠ Dios nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo. Amén.

.- Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Redentor mío, me pesa de todo corazón haberos ofendido; propongo firmemente nunca más pecar, apartarme de todas las ocasiones de pecado, confesarme y cumplir la penitencia. Os ofrezco, Señor, mi vida, obras y trabajos, el bien que haga o el mal que pueda padecer, en satisfacción y reparación de todos mis pecados. Amén.

Oración para todos los días: Divino Salvador, oh Jesús mío, que llevado por vuestro insondable amor a los hombres y lleno de misericordia; obediente a la voluntad del Padre y cooperando el Espíritu Santo, os hicisteis hombre en las purísimas entrañas de Santa María, siempre Virgen, tomando nuestra carne y sangre; y naciendo de Ella, en Belén como Dios y hombre verdadero, en todo igual a nosotros, menos en el pecado.

Cristo Jesús, Maestro celestial, vos que sois, camino, verdad y vida, nos habéis revelado, el designio salvífico de la Trinidad Beatísima, llamándonos a convertirnos de nuestros pecados y ser santos, proponiéndonos como itinerario las bienaventuranzas; y enseñándonos que quien quiera seguirnos debe negarse a sí mismo y tomar su cruz de cada día.

Redentor y Señor mío, que por librarnos del pecado y de la muerte os entregasteis por entero a vuestra dolorosísima Pasión, apareciendo ante los hombres como varón de dolores, despreciado, torturado y sin aspecto atrayente, pagando con vuestra vida por nuestra libertad y salvación, obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por ello, el Padre os ha levantado de entre los muertos y os ha resucitado, como vencedor de la muerte y Señor de la vida.

Acoged Buen Jesús, por vuestra Pasión, nuestras súplicas y oraciones, dadnos un espíritu penitente de verdadera conversión, para que arrepentidos de nuestros pecados y cumpliendo vuestro mandato de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, con vuestros divinos auxilios, podamos

morir en gracia y participar junto a María y a todos los santos de vuestra visión y de vuestra gloria. Amén.

Meditación del día correspondiente

Invocaciones:

* Salid a la muralla
Doncellas de Sión;
Salid a ver el triunfo
del nuevo Salomón.
Hermoso en sus dolores
Divino en la irrisión
su Cruz es su reinado,
su gloria su Pasión.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

-Jesús, alegría de los ángeles,...
-Jesús, rey de los patriarcas,...
-Jesús, maestro de los apóstoles,..
-Jesús, doctor de los evangelistas,
-Jesús, fortaleza de los mártires,
-Jesús, luz de los confesores,
-Jesús, pureza de las vírgenes,
-Jesús, corona de todos los santos,

Tened misericordia de nosotros.
Tened misericordia...

Oración final para todos los días: Señor y Dios mío, Jesús de la Pasión, todo lo espero de vuestro Santo Nombre. Grabad, pues, Divino Salvador, en mi pobre corazón vuestro poderosísimo nombre, para que teniéndolo junto al amor a Vos, sobre todas las cosas, lo invoque en mis tentaciones, caídas y necesidades. Así al nombraros, oh Jesús, encontraré consuelo en mi aflicción, valor en la prueba, fortaleza en la tentación, fervor y piedad en mi tibieza o incredulidad y fuego ardiente de caridad para servirlos en mis hermanos.

Os entrego mi corazón, solamente a Vos, os quiero amar, junto al Padre y al Espíritu Santo, teniéndoo presente durante toda mi vida y cumpliendo vuestros mandatos, hasta morir con vuestro Nombre Dulcísimo en mis labios y así alcanzar la salvación. Amén.

- Sea bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar, y la Virgen concebida sin pecado original.

En el nombre del Padre, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo. Amén.

* Tomado de las Coplas a Jesús de la Pasión de Francisco Rodríguez Marín.

Con profunda devoción y gratitud a la Pasión del Redentor, venerada en el Divino Nazareno que tallara D. Juan Martínez Montañés.

+ Juan Enrique Sánchez Moreno, Pbro.



Súplica a Ntra. Madre y Señora de la Merced:

Santísima Virgen de la Merced, Madre de Dios y Madre nuestra, escuchad nuestra oración, como atendisteis en otro tiempo, la de los cautivos cristianos, y como a ellos los librasteis de las cadenas de la esclavitud y la opresión, libradnos hoy a nosotros, del pecado que nos esclaviza e impide vivir en la libertad de los hijos de Dios.

Compadeceos de nosotros, Madre misericordiosa y liberadora, e interceded por nuestras necesidades ante vuestro Hijo Jesucristo, que en su Pasión, cargó pesada cruz y clavado en ella nos regaló vuestra maternidad, encomendándonos a vuestro cuidado y protección.

Esperanza y Consuelo de los afligidos libradnos de todo egoísmo, de la mentira, de la violencia y de la indiferencia. Libradnos de la injusticia, del odio y del rencor. Te invocamos, Madre y esperamos confiados que nos enseñéis a escuchar la voz de Dios y a seguir sus enseñanzas, amándolo y sirviéndolo en nuestro prójimo. Amén.



Meditación para el primer día: La Encarnación del Verbo.

Considera, alma mía, cómo el Eterno Padre, dándonos a su querido Hijo por Redentor, no podía facilitarnos motivos más poderosos de confianza en su misericordia ni mas fuertes para amar su infinita bondad, ya ofreciéndonos a Jesucristo, muestra el deseo de nuestro bien y del amor inmenso que nos tiene, pues entregándonos su Hijo, no tiene ya más que darnos. ¡Oh Dios eterno, que todos los hombres alaben vuestra infinita caridad!

Habiéndonos Dios dado a su Hijo, a quien ama tanto como a sí mismo, ¿cómo habríamos de temer, dice el Apóstol, que nos rehusara cualquier gracia que le pidiéramos? El Dios que nos dio a Su Hijo, no nos negara el perdón de las ofensas que le hubiéramos hecho si nos arrepentimos y las detestamos sinceramente; no os negara la gracia de resistir a las tentaciones cuando se lo pedimos; no nos negara el santo amor cuando lo deseamos; no nos negara, finalmente, el paraíso, con tal de que no nos hagamos indignos de él por el pecado. Jesús mismo nos lo asegura en estos términos: Si alguna cosa pidiereis al Padre, os la concederá en nombre mío.

Apoyado, por tanto, en esta promesa, Dios mío, os pido que por amor de vuestro Hijo Jesús me perdonéis cuanto os injurie. Dadme la santa perseverancia en vuestra gracia hasta la muerte. Dadme vuestra santo amor, que me desprenda de todo para amar sólo a vuestra santa voluntad y vuestra infinita bondad. Dadme el paraíso, para que llegue a amaros allí con todas mis fuerzas y para siempre, sin temor de dejaros ya de amar...

Si, Jesús mío, vos sois todo bien, vos solo me bastáis y por vos solo suspiro. Si en lo pasado os he alejado de mí por el pecado, me arrepiento ahora de ello con todo mi corazón. Perdonadme y volved a mí, Señor y si ya estáis conmigo, como lo espero, no os apartéis mas de mí, mejor diré, no permitáis que yo os vuelva a arrojar de mi alma. Jesús mío, Jesús mío, mi tesoro, mi amor, mi todo, os amo, os amo, os amo y quiero amaros siempre.- ¡Oh María, esperanza mía, haced que siempre ame a Jesús!

San Alfonso María de Liguorio, Meditación III para el Tiempo de Adviento.

Meditación para el segundo día: Dios nace en nuestra carne.

No puede haber, en efecto, lugar para la tristeza, cuando nace aquella vida que viene a destruir el temor de la muerte y a darnos la esperanza de una eternidad dichosa.

Que nadie se considere excluido de esta alegría, pues el motivo de este gozo es común para todos; nuestro Señor, en efecto, vencedor del pecado y de la muerte, así como no encontró a nadie libre de culpa, así ha venido para salvarnos a todos. Alégrese, pues, el justo, porque se acerca a la recompensa; regocíjese el pecador, porque se le brinda el perdón; anímese el pagano, porque es llamado a la vida.

Al llegar el momento dispuesto de antemano por los impenetrables designios divinos, el Hijo de Dios quiso asumir la naturaleza humana para reconciliarla con su Creador; así el diablo, autor de la muerte, sería vencido mediante aquella misma naturaleza sobre la cual él mismo había reportado su victoria...

Demos, por tanto, amadísimos hermanos, gracias a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo, pues, por la inmensa misericordia con que nos amó, ha tenido piedad de nosotros y, cuando estábamos muertos por nuestros pecados, nos vivificó con Cristo, para que fuésemos en él una nueva creatura, una nueva obra de sus manos. Despojémonos, por tanto, del hombre viejo y de sus acciones y, habiendo sido admitidos a participar del nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad y, ya que ahora participas de la misma naturaleza divina, no vuelvas a tu antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que has sido arrancado del dominio de las tinieblas y transportado al reino y a la claridad de Dios.

San León Magno, Sermón 1 En la Natividad del Señor.

Meditación para el tercer día: El Dulce Nombre de Jesús.

El nombre “Jesús”, considerado en su significado etimológico, quiere decir “*Yahvé libera*”, salva, ayuda. Antes de la esclavitud de Babilonia se expresaba en la forma “Jehosua”: nombre teofórico que contiene la raíz del santísimo nombre de Yahvé... El nombre estaba bastante difundido, tanto en la Antigua como en la Nueva Alianza... El nombre de Jesús, sin embargo, no tuvo nunca esa plenitud del significado que habría tomado en el caso de Jesús de Nazaret y que se le habría revelado por el ángel a María (cf. *Lc* 1, 31 ss.) y a José (cf. *Mt* 1, 21). Al comenzar el ministerio público de Jesús, la gente entendía su nombre en el sentido común de entonces...

En la tradición del pueblo de Israel el nombre “*Jesús*” conservó su valor etimológico: “Dios libera”. Por tradición, eran siempre los padres quienes ponían el nombre a sus hijos. Sin embargo *en el caso de Jesús, Hijo de María*, el nombre fue escogido y asignado desde lo alto, y antes de su nacimiento, según la indicación del Ángel a María, en la anunciación (*Lc* 1, 31) y a José en sueño (*Mt* 1, 21)...

En el plan dispuesto por la Providencia de Dios, Jesús de Nazaret lleva un nombre que alude a la salvación: “Dios libera”, *porque Él es en realidad lo que el nombre indica, es decir, el Salvador*. Lo atestiguan algunas frases que se encuentran en los llamados Evangelios de la infancia, escritos por Lucas: “...os ha nacido... un Salvador” (*Lc* 2, 11), y por Mateo: “Porque salvará al pueblo de sus pecados” (*Mt* 1, 21). Son expresiones que reflejan la verdad revelada y proclamada por todo el Nuevo Testamento. Escribe, por ejemplo, el Apóstol Pablo en la Carta a los Filipenses: “*Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre, sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble la rodilla y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor (Kyrios, Adonai) para gloria de Dios Padre*” (*Flp* 2, 9-11).

La razón de la exaltación de Jesús la encontramos en el testimonio que dieron de Él los Apóstoles, que proclamaron con coraje “En ningún otro hay salvación, *pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos*” (*Act* 4, 12).

San Juan Pablo II, Audiencia General del 14 de Enero de 1987.

Meditación para el cuarto día: La Epifanía del Señor.

Aunque en el misterio mismo de la encarnación y nacimiento del Señor no faltaron claros indicios de su divinidad, la solemnidad que hoy celebramos nos descubre y revela de diversas maneras que Dios tomó naturaleza humana, para que nuestra condición mortal, siempre envuelta por las tinieblas de la ignorancia, no pierda por tal motivo lo que ha alcanzado tener y poseer sólo por gracia.

Pues Aquel que quiso nacer para nosotros no quiso ser ignorado por nosotros, y por eso se nos revela, para que este gran misterio de amor no se convierta en ocasión de gran error.

Hoy los magos encuentran llorando en la cuna al que buscaban resplandeciente en las estrellas. Hoy los magos contemplan claramente entre pañales al que larga y resignadamente buscaban en los astros, en la oscuridad de las señales.

Hoy los magos revuelven en su mente con profundo estupor lo que allí han visto: el cielo en la tierra, la tierra en el cielo, el hombre en Dios, Dios en el hombre, y a aquel a quien no puede contener el universo encerrado en un pequeño cuerpecillo. Y, al verlo, lo aceptan sin discusión, como lo demuestran sus dones simbólicos: el incienso, con el que profesan su divinidad; el oro, expresión de la fe en su realeza; la mirra, como signo de su condición mortal.

Así los gentiles, que eran los últimos, llegan a ser los primeros, ya que la fe de los magos inaugura la creencia de toda la gentilidad.

S. Pedro Crisólogo, Obispo. Del Sermón 160.

Meditación para el quinto día: Las Bienaventuranzas.

El Evangelio presenta el primer gran discurso que el Señor dirige a la gente, en lo alto de las suaves colinas que rodean el lago de Galilea. «Al ver Jesús la multitud, subió al monte: se sentó y se acercaron sus discípulos; y, tomando la palabra, les enseñaba» (*Mt 5, 1-2*). Jesús, nuevo Moisés, «se sienta en la “cátedra” del monte» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 92) y proclama «bienaventurados» a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los misericordiosos, a quienes tienen hambre de justicia, a los limpios de corazón, a los perseguidos (cf. *Mt 5, 3-10*). No se trata de una nueva ideología, sino de una enseñanza que viene de lo alto y toca la condición humana, precisamente la que el Señor, al encarnarse, quiso asumir, para salvarla. Por eso, «el Sermón de la montaña está dirigido a todo el mundo, en el presente y en el futuro y sólo se puede entender y vivir siguiendo a Jesús, caminando con él» (*Jesús de Nazaret*, p. 96). Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida, para liberarse de los falsos valores del mundo y abrirse a los verdaderos bienes, presentes y futuros. En efecto, cuando Dios consuela, sacia el hambre de justicia y enjuga las lágrimas de los que lloran, significa que, además de recompensar a cada uno de modo sensible, abre el reino de los cielos. «Las Bienaventuranzas son la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia del discípulo» (*ib.*, p. 101). Reflejan la vida del Hijo de Dios que se deja perseguir, despreciar hasta la condena a muerte, a fin de dar a los hombres la salvación.

Un antiguo eremita afirma: «Las Bienaventuranzas son dones de Dios, y debemos estarle muy agradecidos por ellas y por las recompensas que de ellas derivan, es decir, el reino de los cielos en el siglo futuro, la consolación aquí, la plenitud de todo bien y misericordia de parte de Dios... una vez que seamos imagen de Cristo en la tierra» (Pedro de Damasco, en *Filocalia*, vol. 3, Turín 1985, p. 79). El *Evangelio de las Bienaventuranzas* se comenta con la historia misma de la Iglesia, la historia de la santidad cristiana, porque —como escribe san Pablo— «Dios ha escogido lo débil del mundo para humillar lo poderoso; ha escogido lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta» (*1 Co 1, 27-28*). Por esto la Iglesia no teme la pobreza, el desprecio, la persecución en una sociedad a menudo atraída por el bienestar material y por el poder mundano...

Benedicto XVI, Angelus 30 de Enero de 2011.

Meditación para el sexto día: La Transfiguración.

El misterio que hoy celebramos lo manifestó Jesús a sus discípulos en el monte Tabor. En efecto, después de haberles hablado, mientras iba con ellos, acerca del reino y de su segunda venida gloriosa, teniendo en cuenta que quizá no estaban muy convencidos de lo que les había anunciado acerca del reino, y deseando infundir en sus corazones una firmísima e íntima convicción, de modo que por lo presente creyeran en lo futuro, realizó ante sus ojos aquella admirable manifestación, en el monte Tabor, como una imagen prefigurativa del reino de los cielos. Era como si les dijese: "El tiempo que ha de transcurrir antes de que se realicen mis predicciones no ha de ser motivo de que vuestra fe se debilite, y, por esto, ahora mismo, en el tiempo presente, os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto llegar al Hijo del hombre con la gloria de su Padre." Y el evangelista, para mostrar que el poder de Cristo estaba en armonía con su voluntad, añade: Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Él...

Corramos hacia allí, animosos y alegres, y penetremos en la intimidad de la nube, a imitación de Moisés y Elías, o de Santiago y Juan. Seamos como Pedro, arrebatado por la visión y aparición divina, transfigurado por aquella hermosa transfiguración, desasido del mundo, abstraído de la tierra; despojémonos de lo carnal, dejemos lo creado y volvámonos al Creador, al que Pedro, fuera de sí, dijo: Señor, ¡qué bien se está aquí! ...

Cada uno de nosotros, por el hecho de tener a Dios en sí y de ser transfigurado en su imagen divina, tiene derecho a exclamar con alegría: ¡Qué bien se está aquí! donde todo es resplandeciente, donde está el gozo, la felicidad y la alegría, donde el corazón disfruta de absoluta tranquilidad, serenidad y dulzura, donde vemos a (Cristo) Dios, donde Él, junto con el Padre, pone su morada y dice, al entrar: Hoy ha sido la salvación de esta casa, donde con Cristo se hallan acumulados los tesoros de los bienes eternos, donde hallamos reproducidas, como en un espejo, las imágenes de las realidades futuras.

Anastasio Sinaíta, obispo, del Sermón en el día de la Transfiguración del Señor

Meditación para el séptimo día: La Eucaristía.

“La víspera de la fiesta solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiera amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin.” Este versículo de San Juan anuncia, al lector de su Evangelio, que algo grande ocurrirá en ese día...

No es difícil imaginar en parte los sentimientos del Corazón de Jesucristo en aquella tarde, la última que pasaba con los suyos, antes del sacrificio del Calvario.

Considerad la experiencia, tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar siempre juntas, pero el deber —el que sea— les obliga a alejarse. Su afán sería continuar sin separarse, y no pueden. El amor del hombre, que por grande que sea es limitado, recurre a un símbolo:... un recuerdo, una foto... No logran hacer más porque el poder de las criaturas no llega tan lejos como su querer.

Lo que nosotros no podemos, lo puede el Señor. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, no deja un símbolo, sino la realidad: se queda El mismo. Irá al Padre, pero permanecerá con los hombres. No nos legará un simple regalo que nos haga evocar su memoria, una imagen que tienda a desdibujarse con el tiempo, como la fotografía que pronto aparece desvaída, amarillenta y sin sentido para los que no fueron protagonistas de aquel amoroso momento. Bajo las especies del pan y del vino está El, realmente presente: con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad...

Es preciso adorar devotamente a este Dios escondido: es el mismo Jesucristo que nació de María Virgen; el mismo que padeció, que fue inmolado en la Cruz; el mismo de cuyo costado traspasado manó agua y sangre. Este es el sagrado convite, en el que se recibe al mismo Cristo; se renueva la memoria de la Pasión y, con El, el alma trata íntimamente a su Dios y posee una prenda de la gloria futura...

No ama a Cristo quien no ama la Santa Misa, quien no se esfuerza en vivirla con serenidad y sosiego, con devoción, con cariño.

San Josemaría Escrivá, Homilía sobre el Jueves Santo, 14-IV-1960.

Meditación para el octavo día: La Pasión.

Los profetas predijeron muchas cosas sobre el misterio pascual, que es el mismo Cristo, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. Él vino del cielo a la tierra para remediar los sufrimientos del hombre; se hizo carne en el seno de la Virgen, y de ella nació como verdadero Dios y verdadero hombre; cargó con nuestros sufrimientos, mediante su cuerpo, sujeto al dolor, y destruyó los padecimientos de la carne, y él, que era inmortal por el Espíritu, destruyó el poder de la muerte que nos tenía bajo su dominio.

Él fue llevado como una oveja y muerto como un cordero; nos redimió de la seducción del mundo, como antaño de Egipto, y de la esclavitud del demonio, como antiguamente del poder del Faraón; selló nuestras almas con su Espíritu y los miembros de nuestro cuerpo con su sangre. Él, aceptando la muerte, sumergió en la derrota a Satanás, como Moisés al Faraón. Él castigó la iniquidad y la injusticia, del mismo modo que Moisés castigó a Egipto con la esterilidad. Él nos ha hecho pasar de la esclavitud a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la tiranía al reino eterno, y ha hecho de nosotros un sacerdocio nuevo, un pueblo elegido, eterno. Él es la Pascua de nuestra salvación.

Él es quien sufría tantas penalidades en la persona de muchos otros: él es quien fue muerto en la persona de Abel y atado en la persona de Isaac, él anduvo peregrino en la persona de Jacob y fue vendido en la persona de José, él fue expósito en la persona de Moisés, degollado en el cordero pascual, perseguido en la persona de David y vilipendiado en la persona de los profetas.

Él se encarnó en el seno de la Virgen, fue colgado en el madero, sepultado bajo tierra y, resucitando de entre los muertos, subió a lo más alto de los cielos. Éste es el cordero que permanecía mudo y que fue inmolado; éste es el que nació de María, la blanca oveja; éste es el que fue tomado de entre la grey y arrastrado al matadero, inmolado al atardecer y sepultado por la noche; éste es aquel cuyos huesos no fueron quebrados sobre el madero y que en la tumba no experimentó la corrupción; éste es el que resucitó de entre los muertos y resucitó al hombre desde las profundidades del sepulcro.

Melitón de Sardes, obispo, de la Homilía sobre la Pascua.

Meditación para el noveno día: La Resurrección.

“Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo” (Sal. 117,24)... Como cristianos nacimos para el Reino de Dios desde nuestra más tierna infancia... pero, aun siendo conscientes de esta verdad y creyendo plenamente, tenemos muchas dificultades en acoger este privilegio y pasamos largo tiempo en comprenderlo. Nadie, por supuesto, lo comprende plenamente... Y hasta en este gran día, este día entre los días, donde Cristo resucita de entre los muertos... nosotros estamos como recién nacidos... a los que les faltan ojos para ver y un corazón para comprender quiénes somos verdaderamente... Este es el día de Pascua, repitámoslo una y otra vez, con un respeto profundo y una gran alegría. Como los niños cuando dicen: “Ha llegado la primavera” o “mirad el mar”, para expresar la idea..., digamos: “he aquí el día entre los días, el día real (Ap. 1,10 griego), el día del Señor. He aquí el día en que el Cristo ha resucitado de entre los muertos, el día que nos trae la salvación”. Este es el día que nos trae lo más grande que podemos comprender. Es el día de nuestro descanso, nuestro verdadero sábado; Cristo ha entrado en su descanso (He 4), y nosotros con Él. Este día nos conduce, en prefiguración, a través de la tumba y las puertas de la muerte, hasta el tiempo del descanso en el seno de Abraham (Hech. 3,20; Lc 16,22). Estamos fatigados de la oscuridad, el cansancio, la tristeza y el remordimiento. Estamos bastante cansados de este mundo agotador. Estamos cansados de sus ruidos y su jaleo; su mejor música, es sólo un ruido. Pero ahora reina el silencio, y es un silencio que habla...: tal es nuestra suerte en lo sucesivo. Hoy es el comienzo de días tranquilos y serenos, en los que podemos escuchar a Cristo, con su “voz dulce y tranquila” (1R 19,12), porque el mundo ya no habla más. Despojémonos de este mundo, y revistámonos de Cristo (Ef. 4,22; Rm 13,14)... ¡Esforcémonos en desvestirnos así, para revestirnos de cosas invisibles e imperecederas! Esforcémonos en crecer en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador, día a día, año tras año, hasta que nos lleve con Él... en el Reino de su Padre y nuestro Padre, de su Dios y nuestro Dios (Jn 20,17).

San John Henry Newman, Pbro. y Cardenal, Sermón “La dificultad en realizar los privilegios sagrados”